

En torno a la Alienación

Manuel Espinoza Orellana

Es un hecho indiscutible que la sociedad contemporánea vive en estos instantes la crisis histórica de su tránsito definitivo hacia el socialismo. El ambiente social de la época manifiesta sensiblemente la quiebra de un sistema de valores que hasta principios del presente siglo parecía regir de manera incommovible la conducta social del orden burgués. Sin embargo, este régimen de valores se ha hecho insostenible en la misma medida en que el sistema capitalista entra a su período crítico más profundo e irrecuperable.

El proceso de transformación formal del capitalismo, que en ningún caso afecta a la esencia fundamental del sistema, no ha hecho más que agudizar la crisis superestructural de la sociedad burguesa, escindiendo en dos dimensiones irreconciliables al hombre de dicha sociedad. Por una parte está el hecho físico de su existencia material que le impone la responsabilidad insoslayable de asumirse como conjunto de necesidades. Y luego, presente la dimensión de su propia conciencia individual que le obliga a presu- puestarse como un sujeto trascendente sumido en la ambigüedad de una existencia sin sentido. El hombre burgués no llega a comprender que la crisis del capitalismo en la hora actual, manifestada también en sus diversas instituciones ideológicas, se refleja en la conciencia social de su propia clase generando en sus integrantes un clima de inestabilidad permanente que viene a constituirse en su perspectiva habitual.

Pero el problema es otro. No hay problemática de existencia, sino de supervivencia. El hecho reside en que puestos a existir materialmente, constituida nuestra presencia en el mundo, no nos queda más remedio que

afirmar mediante la acción, nuestro derecho social a subsistir y supervivir. Y en ello reside todo el problema del hombre. Según se organice la sociedad para atender sus necesidades de subsistencia, toda la trama de sus relaciones sociales se irá tejiendo atada a las raíces de sus formas de producción. Y es por eso que el capitalismo, que como sistema es antinatural, ifraccional e inhumano, proyecta el flujo de sus propias contradicciones en la conciencia social e individual, generando una doble problemática, que en fin de cuentas se reduce a una sola raíz consistente en el subsuelo económico social de la vida consciente.

El existencialismo, como forma de pensamiento filosófico, ha intentado dar una respuesta al que para ellos es, el problema de la existencia. Pero los existencialistas, han tomado sólo una parte del individuo, su conciencia; y han reducido todo el problema al de una existencia consciente, "para sí", destinada a reflejar siempre un mundo que no es ella. Y su tragedia consiste en que no puede dejar de ser conciencia de las cosas, de esto o de aquello, sin sumirse en la "nada", que es la negación de la existencia, y por lo mismo un "vacío de ser". Para los existencialistas la vida es absurda y sin sentido, porque pretenden explicarla a través de la conciencia pura, aislada, desprovista de la realidad social del hombre, que es consubstancial al hecho de existir.

Asumir el compromiso de su existencia social, es para los existencialistas una actitud que sólo confirma una libre decisión del sujeto; pero el compromiso, se constituye para ellos como la salvación desesperada contra su propia libertad. La libertad para el existencialista, es su más grande tragedia porque

va unida indisolublemente a su existir (ya hemos dicho que "existir" para los existencialistas, es existir como conciencia). La libertad es por lo tanto para ellos ese "vacío de ser" que es la nada de su conciencia, cuando se aparta del mundo de las cosas; y por lo mismo, sólo se rescata a su libertad cuando se compromete, cuando se asume como una existencia comprometida. Es por lo tanto un compromiso absurdo, sin sentido, que sólo expresa la desesperación del hombre que quiere escapar a su absurda libertad. La obra literaria de Jean Paul Sartre, sobre todo la trilogía "Los caminos de la Libertad", viene a expresar nitidamente esta concepción valorativa de la libertad del existencialismo, como pensamiento filosófico. No obstante es necesario dejar constancia de la evolución en el pensamiento de este autor, que en el actual momento ha entrado a reconocer que estas ideas no pueden expresar una concepción filosófica completa, concepción que sólo es posible obtener del marxismo, en cuanto el hombre como conciencia es producto de su existencia social.

El existencialismo es una manifestación del estado de crisis de la sociedad contemporánea. Pretende ser la expresión del estado de ánimo del hombre burgués, que ha debido rechazar las formas clásicas del pensamiento racional, porque ya no le sirven para defender su preeminencia de clase. El pensamiento racional puesto severamente como instrumento de análisis del orden burgués, lleva a comprobaciones contrarias a los intereses de la burguesía. Por ello se ha hecho del irracionalismo la expresión filosófica más calificada del capitalismo moderno. Mediante el irracionalismo se justifican todas las contradicciones del sistema, así como se confirma el estado de incertidumbre de la conciencia individual, anteponiéndolo como un estado natural propio de su incapacidad para trascender hacia una comprensión absoluta de los valores. El existencialismo es también una forma de irracionalismo.

El problema reside en que no basta solucionar el problema en la conciencia del hombre, porque las soluciones teóricas no hacen desaparecer las causas del mal. El problema de nuestra sociedad contemporánea es un problema de crecimiento económico inarmónico, de acumulación de excesiva riqueza en pocas manos y en pocas naciones, y de concentración de pobreza y miseria masivas en vastas regiones geográficas del globo terráqueo. Es la gran contradicción del sistema capitalista, que ha engendrado los elementos

de su propia destrucción en la generación de un innumerable ejército de explotados. El sistema capitalista ha impulsado las condiciones para la alienación más brutal de toda la sociedad burguesa. Y este ambiente de alienación se refleja de manera profunda en sus diversas instituciones superestructurales. Es desde esta realidad, de la que tenemos que partir para llegar a comprender la crisis de la sociedad actual, que es una crisis de tránsito hacia una nueva forma de convivencia social.

II

La historia de la sociedad capitalista a partir del momento en que evoluciona hacia la producción industrial, es también la historia de la tragedia del hombre burgués y del hombre proletario, como productos de una sociedad alienada. ¿En qué consiste esta alienación? La alienación o enajenación del hombre en el sistema capitalista, consiste en la pérdida de las condiciones para la realización de su propia humanidad. Y las causas de la alienación residen en dos factores básicos de la economía capitalista: la propiedad privada y el trabajo asalariado. El concepto de capital está determinado por la existencia acumulativa del producto del trabajo social de cientos de generaciones en el correr de la historia; el capital es entonces el producto del trabajo humano. La posibilidad de multiplicarse de la riqueza está determinada no por la existencia misma del capital, sino por la posibilidad que brinda el sistema de explotar la fuerza de trabajo del obrero. Es el trabajo humano el que extrae de la naturaleza sus productos, y que incorporado a ellos, les da la posibilidad de transformarse en mercancías, es decir, en valores de cambio. Pero los productos de la naturaleza, son elementos vitales para la subsistencia del hombre, y es más, son elementos necesarios para la realización de su plena humanidad. En la medida en que el hombre actúa libremente sobre la naturaleza la transforma humanizándola, y al mismo tiempo crea las condiciones de su propia humanización. El trabajo asalariado en cambio, deja al obrero al margen de sus propias creaciones productivas. El da de sí su trabajo, el que se incorpora a los objetos que salen de sus manos transformados en valores de cambio. Esta objetivación del trabajo del obrero, es la causa de su propia enajenación o alienación. Al quedar separado del producto de su trabajo queda separado de sí mismo, por cuanto ha puesto en dicho

objeto parte esencial de su propio ser, en cuanto su ser está determinado por su existencia como obrero. El hombre, sea trabajador manual o intelectual, para realizarse humanamente necesita incorporar a su existencia parte de la naturaleza, porque viene de ella. Necesita no sólo subsistir como trabajador indispensable al sistema económico, sino también como hombre que se está realizando históricamente. Y el trabajo asalariado sólo da al obrero la posibilidad de subsistir como obrero. Recibe de la naturaleza sólo lo suficiente para subsistir como existencia material. Pero no recibe lo necesario como para convertir su existencia, en una existencia humanizada. No puede incorporar a su ser los productos que salen de sus propias manos y que han permitido la humanización de la naturaleza, dando margen a una nueva dimensión de la conciencia del hombre. El obrero vive paradójicamente alienado, enajenado del mundo de las mercancías que el mismo ha producido, y que automáticamente se convierten en un mundo de cosas prohibidas para él, en un conjunto de "fetiches mágicos" que se quiebran en mil imágenes codiciadas y que lo sitúan brutalmente ante la tragedia de su existencia proletaria alienada. El mundo de las mercancías se convierte en propiedad privada de los dueños del capital. Viene a incrementar la ganancia y la utilidad del capitalista, pero al mismo tiempo crea las condiciones de la alienación de los propios capitalistas. Estos concurren al mercado con sus productos, pero dependen obligadamente de él en cuanto ellos no pueden crear las condiciones favorables del mercado que les permita asegurar sus ganancias en una lucha de competencia. El sistema de monopolios evidentemente que ha avanzado hacia un mayor control por parte de los capitalistas en los regímenes de precios y de imposiciones de mercados. Pero en sus líneas esenciales es evidente que el capitalismo depende de una manera rígida del mercado, tanto nacional como mundial. Y este factor condicionante que es el mercado, hace del capitalista un hombre alienado, en cuanto su existencia, antes que existencia de hombre en el sentido de humano, se constituye en una existencia de hombre capitalista, es decir, de hombre marcado por el sello de su condición de dependiente de su propia riqueza.

El capitalismo se justifica sólo en la ganancia. Ese es su destino constante; su supervivencia depende de sus posibilidades de multiplicarse más y más. Esto escapa a la simple voluntad del capitalista, es una im-

posición imperativa que se le manifiesta como una necesidad a la que no puede sustraerse. Capitalizar, modernizar la industria, abaratar los costos de producción, son imposiciones involuntarias que el capitalista tiene necesariamente que observar. El no puede acortar la jornada de trabajo o elevar los salarios más allá de los niveles impuestos por el mercado, porque debe cuidar su competencia en condiciones ventajosas y competitivas a éste. El sistema le impone una forma de acción y su conciencia se va formando en relación a las exigencias del sistema. Es también una conciencia alienada, que sólo reacciona en función de los valores impuestos por la economía política. La propiedad privada es concretamente el resultado del trabajo asalariado, pero se constituye a la vez en el fundamento del sistema capitalista y en la posibilidad de una mayor explotación del trabajo asalariado.

Este permanente estado de alienación que el sistema capitalista genera, se manifiesta en las instituciones superestructurales de la sociedad, que dialécticamente vienen a reforzar al sistema, afirmando la secuencia lógica de su desarrollo. Pero como en las condiciones mismas de su desarrollo está la causa de su contradicción más profunda, el capitalismo genera periódicamente graves crisis de sobreproducción, a través de las cuales marcha hacia su derrumbe definitivo.

Es así como la crisis constante en que se desenvuelve la conciencia social generada por el sistema capitalista, se ve agravada periódicamente por las crisis de sobreproducción, que crean un clima de inestabilidad social y de derrotismo, proclive al florecimiento de las más absurdas ideologías y de las actitudes individuales más decadentes. Todas ellas son alentadas por las instituciones publicitarias de la burguesía, como una forma de evitar y retrasar el desarrollo de una clara conciencia social mayoritaria orientada en una perspectiva de cambios estructurales.

III

El proceso de desarrollo de la civilización occidental, ha culminado en la moderna sociedad burguesa con la implantación del régimen de monopolios, basado en las modernas técnicas de producción. El monopolio, producto de una necesidad del capitalismo moderno, y por lo tanto institución netamente económica, se proyecta no obstante, hacia todas las manifestaciones de la existencia

social, orientando con criterio netamente mercantil todas las expresiones de la vida cultural e intelectual. El hombre ha sido transformado en un sujeto de necesidades, condicionadas por el gran capital monopolista. El obrero puede subsistir en estas sociedades, en condiciones de más alto standard de vida que en los países coloniales, subdesarrollados o poco desarrollados, pero este standard de vida le ha costado la mutilación casi total de su libertad de elección. La corporación financiera, impersonal, que ejerce su poder de dirección desde las invisibles oficinas de su alto mundo económico, rige también la vida de cada uno de los integrantes de la sociedad minuto a minuto, tanto en la industria, como en las oficinas y en el hogar. Todo un régimen publicitario al servicio de las grandes corporaciones, orienta y controla la opinión pública y privada y las inclinaciones éticas y estéticas de las grandes masas.

Erich Fromm en su "Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea" dice lo siguiente, (pág. 97/8): "Otro hecho decisivo que conoce el hombre del siglo 20 es el milagro de la producción... El milagro de la producción lleva al milagro del consumo. Ya no hay barreras tradicionales que impidan a nadie comprar lo que se le antoje. Todo lo que se necesita es dinero, y cada vez son más las personas que lo tienen, no quizás para comprar perlas legítimas, sino perlas artificiales, para comprar Fords que parecen Cadillacs, para ropas baratas que se parecen a las caras, para cigarrillos, que son los mismos para los millonarios que para los obreros... Los hombres trabajan juntos. Entran por miles en las fábricas y las oficinas, y llegan en autos particulares, en trenes subterráneos, en autobuses, en tranvías; trabajan juntos a un ritmo que señalan los expertos, con métodos que señalan los expertos, ni con demasiada rapidez, ni con demasiada lentitud, pero juntos: cada uno forma parte del todo. Por la tarde la corriente fluye en sentido inverso: todos leen los mismos periódicos, escuchan la radio, ven películas, las mismas para los que están en la cumbre que para los que están en el primer peldaño de la escala, para el inteligente que para el estúpido, para el educado que para el ineducado. Producen, consumen, gozan juntos, acordes, sin suscitar problemas. Ese es el ritmo de su vida. ¿Qué clase de hombres necesita, pues, nuestra sociedad? ¿Cuál es el "carácter social" adecuado al capitalismo del siglo 20? Necesita hombres que cooperen sin rozamientos en

grandes grupos, que deseen consumir cada vez más, y cuyos gustos estén estandarizados y fácilmente puedan ser influidos y previstos. Necesita hombres que se sientan libres e independientes, no sometidos a ninguna autoridad, a ningún principio, a ninguna conciencia; pero que quieren ser mandados, hacer lo que se espera de ellos y adaptarse sin fricciones al mecanismo social".

Este párrafo de Erich Fromm nos da una imagen bien clara del ambiente imperante en una sociedad capitalista altamente desarrollada. El se refiere evidentemente a los EE. UU. de Norteamérica, la más grande expresión de forma de vida industrial burguesa. Lo citamos, con el objeto de demostrar un hecho concreto de alienación de la sociedad capitalista en general, en sus diferentes grados de desarrollo. Queremos confirmar que la alienación corresponde al sistema mismo, y no puede superarse sin la transformación total de dicho orden. El afianzamiento y expansión del sistema capitalista, su desenvolvimiento hasta adquirir las más altas formas de expresión en el régimen de monopolios, da otra dimensión a la crisis social y hace de la alienación un hecho más profundo y trágico. Convierte al hombre en una mercancía totalmente realizada, y por lo mismo, bajo la influencia permanente del comercio monopolista.

Los intereses del estado y de las grandes corporaciones financieras se confunden en uno solo. El poder político pasa a manos de las instituciones económicas en forma directa. Los mismos hombres que actúan y sustentan el control de las grandes empresas, manejan los diversos organismos del gobierno, están presentes en las instituciones legislativas, y hacen prevalecer su criterio de manera absoluta, caracterizando la proyección de las instituciones públicas dentro de un cartabón totalmente afin al de la empresa privada. La máquina publicitaria, hábil y técnicamente manejada, se constituye en un instrumento de regulación rigurosa de la conciencia social. Contribuye permanentemente a formarla, adecuándola a una escala de valores elaborada en torno a las finalidades económicas del sector monopolista.

En las sociedades capitalistas de alto nivel industrial no están además solucionados integralmente todos los problemas materiales de la clase trabajadora. Esto es una realidad comprobada. Lo que pasa, es que existe una explotación sistemática de los trabajadores a otro nivel. La producción de artículos de consumo y manufacturas superfluas en es-

cala masiva, genera la incorporación obligada de grandes sectores laborales a un estándar de vida que para ellos es enormemente costoso. Este no puede mantenerse sin la colaboración económica de todos los miembros de la familia, incluyendo la mujer y los hijos en edad escolar. Es un nivel de vida que se transforma en una dolorosa carga para todos los integrantes de la sociedad que forman la enorme masa de asalariados. Este standard de existencia material no es una compensación a la incertidumbre constante en que viven sumidos. La amenaza del desempleo se cierne sobre ellos permanentemente y por lo mismo su nivel de vida no es garantía de seguridad material definitiva sino por el contrario, es un estado transitorio que los sumerge en la inestabilidad económica más desesperada. De ahí su constante lucha por mantenerse en la superficie de dicho nivel, y la generación de un sentimiento de angustia arraigado en la profundidad de su conciencia, que le ubica ante la certidumbre de la adversidad de su destino.

Este es el ambiente social que genera el orden burgués capitalista. Un ambiente proclive a la escisión de la personalidad del hombre, a la división de su conciencia y a la deformación de su realización histórica. La práctica social convertida en trabajo asalariado ha transformado en valores abstractos el producto concreto de la actividad socio-económica. La investigación científica, el conocimiento que fluye de la acción sobre la naturaleza, se constituye en un factor de clase destinado a ahondar más la diferencia irreconciliable, en la proyección de esta doble dimensión de la conciencia social. Teoría y práctica se orientan en antagónica dirección sin posibilidad de volverse a unir, a menos que se destruyan definitivamente las causas de su división: la enajenación del trabajo humano, convertido en propiedad privada de una minoría, y la condición de mercancía en que se encuentra el obrero, el campesino, el trabajador en general, a consecuencia del sistema.

En estas circunstancias, el rescate de la conciencia alienada del hombre, es algo que sólo a él atañe. Es algo que está en el principio real y concreto de su verdadera liberación. Porque la alienación es también un proceso constituido paso a paso, de una manera real y objetiva en el seno profundo de la sociedad capitalista. La alienación del hombre, no es una alienación teórica, abstracta y trascendente, no está arraigada a los ancestros religiosos de la conciencia humana, ni a una

preactitud basada en una sustentación teológica acerca de sus orígenes. Por el contrario, todas estas manifestaciones de su ubicación dubitativa ante lo desconocido, emanan también y son la repercusión de la condición alienada de su conciencia. La alienación es un estado real y objetivo de la conciencia gestado en la base material de la sociedad. Ella es pérdida en el hombre de su condición de ser humano. Porque el hombre, al hacerse consciente, se aparta del mundo natural para realizarse como ser humano. Y lo humano atañe entonces a la conciencia. Realizarse como ser humano consiste en incorporar a nuestro ser material una nueva dimensión, que se integra a él en una proyección histórica. La conciencia como función humana del individuo, es el producto de su actividad práctica; es experiencia acumulada, cuyo volumen cuantitativo da de sí por transformación dialéctica una nueva cualidad, la apercepción, que nos permite valorizar nuestro propio conocimiento de las cosas y establecer el sentido de las relaciones y las diferencias. Por ello nos transformamos en sujetos de trabajo, que junto con usar a la naturaleza para conseguir nuestra supervivencia, la transformamos para ir creando condiciones de vida cada vez más favorables. Y en esta actividad, que es siempre una actividad social, nuestra conciencia se va formando y conformando históricamente, siendo siempre la expresión de las relaciones sociales existentes en un momento histórico dado. Se constituyen así los dos términos a través de los cuales se realiza la progresiva humanización del hombre. Una naturaleza, en sí, inhumana, y una conciencia humana producto de la acción social, en la que se refleja la propia naturaleza, a medida que se va incorporando al ámbito transformador del hombre y se convierte en naturaleza humanizada.

Este proceso natural en el desarrollo de la conciencia humana, se vio alterado en el momento en que la historia del hombre se convirtió en historia de las luchas de clases antagónicas. Es decir, desde el momento en que en la sociedad, se constituye el derecho de propiedad individual de los medios de producción y de las fuentes de riquezas. La apropiación de los productos del trabajo por parte de una minoría, es decir, la apropiación de la naturaleza humanizada, convertida en bienes particulares de una clase social privilegiada, señala el principio del proceso de alienación del hombre, cuyo trabajo incorporado a la naturaleza convertida de esta manera en productos humanos, y no restituido a su

propia existencia, empezaba a producir su progresiva deshumanización. Y conjuntamente con el advenimiento del capitalismo y con su transformación en capitalismo industrial, la sociedad de clases estructurada sobre sus bases, ha llegado al límite más patético de este proceso de alienación, del que necesariamente están fluyendo las condiciones, para que el hombre inicie la etapa transformadora de su liberación definitiva. Por ello decimos, que el rescate de la conciencia alienada del hombre, es algo que sólo a él atañe, porque el origen de su alienación está en la realidad concreta de su propio desarrollo histórico. La alienación no es trascendente, sino inmanente a los individuos.

IV

La liberación del hombre, es una conquista histórica que sólo él puede lograr para sí. Y ello porque la alienación nunca es tan definitiva y absoluta, como para que el hombre no adquiriera conciencia de su propia condición de clase. Cuando esa enorme masa de trabajadores explotados, que forma la gran mayoría de cada nación en que impere el sistema de producción capitalista, toman conciencia de su condición dentro de la sociedad y de las causas que generan sus problemas, se convierten en una clase social definida y consciente, confiada en su enorme poder de clase mayoritaria y posesionada de su misión histórica. Se inicia entonces el proceso recuperador de la conciencia alienada y comienza la lucha por la conquista de la verdadera libertad. Porque la libertad es una conquista histórica y social, que sólo puede obtenerse cuando empezamos a actuar conscientes de nuestras necesidades y de las causas que las generan. Establecidas las causas de nuestra servidumbre, estamos ya en el principio mismo de la realización de nuestra libertad. Pero no basta establecer dichas causas y formularlas teóricamente; la libertad, no es nada más que una libertad de conciencia, como lo formulan los existencialistas; la libertad no consiste en poner en orden los elementos contradictorios que en nuestra conciencia producen la servidumbre intelectual de la ignorancia; la falta de libertad no es sólo falta de un adecuado conocimiento de las cosas, y sobre todo de los valores trascendentes, como expresan los metafísicos idealistas; estas contradicciones y este desconocimiento de las cosas, está determinado por las contradicciones existentes en el medio social en que el hombre se desenvuelve. La organización con-

tradictoria e irracional de la sociedad, se refleja en la conciencia de los individuos, provocando en ellos las mismas limitaciones que les impone su vida social. Los derechos sociales y políticos establecidos por el orden burgués a través de sus leyes, se constituyen en un conjunto de formulaciones teóricas para el proletariado, en cuanto sus medios materiales no les permiten realizarlos en la vida práctica. Se transforman en aspiraciones inalcanzables, que comprueban de manera directa la dimensión material, objetiva, social de la libertad. Y la libertad espiritual, también queda relegada sólo a la opción entre la vida y la muerte. Si nuestra libertad interna, sólo nos permite la elección entre el suicidio o el hambre, porque otras dimensiones de ella nos están vedadas, por ser analfabetos, cesantes, por no haber podido aprender a recrear nuestra existencia en la belleza del mundo y no tener capacidad para expresarla, porque todo ello es posterior a la solución de nuestro problema del pan de cada día, si sólo nos queda, decimos, la opción entre el suicidio y el hambre, entonces quiere decir que nuestra libertad espiritual también está alienada y que no nos sirve como refugio a la miseria de nuestra existencia.

No basta entonces establecer teóricamente las causas de nuestra servidumbre. Cuando ellas han sido fijadas inequívocamente, es necesario la acción revolucionaria del proletariado para conquistar la libertad socialmente. La verdadera liberación de la clase trabajadora sólo puede advenir como producto de la transformación de la sociedad burguesa en una sociedad socialista. Esta es una misión irrenunciable del proletariado, antítesis de la burguesía y factor revolucionario de acción hacia la toma del poder político. Sustraer al hombre a las condiciones corrosivas de la alienación que genera el sistema capitalista, es la tarea impostergable en el momento actual de los grupos más conscientes de la clase trabajadora. Ellos, como conductores de los grandes movimientos de liberación en los distintos países, tienen en sus manos la responsabilidad de orientar y hacer conciencia en los sectores mayoritarios, acerca de las causas profundas que generan sus problemas y de su condición de clase revolucionaria. Asumida su misión histórica, el proletariado tiene en sus manos la responsabilidad de hacer triunfar el socialismo en todos los rincones de la tierra y crear las condiciones para el florecimiento de la verdadera libertad.

Las condiciones de la alienación humana

dentro del orden burgués, emergen de la permanencia del sistema capitalista. Hemos visto cómo este sistema genera sus propias contradicciones, cuando fundamentalmente, el producto social del trabajo es transformado en propiedad privada del capitalista, llevado a su grado de mayor intensidad por el régimen de monopolios, es evidente entonces, que la esencia elemental de su movimiento, la concentración y acumulación de riqueza, no ha sido modificada por las actuales expresiones formales del sistema en los diversos países superdesarrollados, y por lo mismo, las tácticas revolucionarias de acción del proletariado, deben estar enfocadas y orientadas en función del agudizamiento en el enfrentamiento de clases, en la denuncia permanente de la crisis profunda que el sistema capitalista genera y en su repercusión en las diversas instituciones superestructurales. La conducción ideológica de un movimiento revolucionario, sólo es posible hacerlo en términos de absoluta honradez de propósitos. Sólo así, la dirección subjetiva podrá ser un

fiel reflejo crítico de la realidad social en que actúa, y por lo mismo, contribuirá a la formación de una clara conciencia revolucionaria de la clase trabajadora.

Liberar al hombre de su conciencia alienada, es la gran responsabilidad histórica del socialismo en la hora presente. La vieja sociedad capitalista ha cumplido su destino histórico, y dentro de ella están madurando ya rápidamente las condiciones para el advenimiento de la nueva sociedad. El socialismo es una realidad actuante en diversas regiones del globo, en la que la clase obrera está ya en el poder. Los movimientos liberadores se van configurando de una manera definida y reclaman cada vez más seriamente una fundamentación ideológica clara, porque no hay práctica social eficiente sin una ajustada concepción teórica. Y ese es el papel de los partidos vanguardias. Afrontemos como socialistas, con seria responsabilidad nuestra tarea histórica y constituyámonos en los más claros exponentes de la realidad política y social del momento.

Prensa Latinoamericana S. A. presenta en

COLECCION DOCTRINAS SOCIALES

el libro del profesor y conocido escritor, JULIO CESAR JOBET

LOS FUNDAMENTOS DEL MARXISMO

en su 4ª edición

Valor del ejemplar Eº 3,50

Descuentos desde 5 ejemplares

Solicítelo en: Estado 360 - Of. 6

Librería Latinoamericana, San Martín 136